

LOS ANTIBIOTICOS Y LAS ENFERMEDADES CARDIACAS

La ciencia médica moderna está concentrándose en un ataque frontal contra las enfermedades del corazón, asesinas *número uno* de la humanidad en Norteamérica y Europa.

Por fortuna, los hombres de ciencia están hallando rápidamente nuevas armas para prevenir y aun destruir tales dolencias. Las fotografías tomadas antes y después de la curación de uno de los más desconcertantes males—una infección de las membranas del corazón conocida como endocarditis bacterial subaguda—documentan este hecho alentador.

Hasta el reciente advenimiento de los antibióticos de amplio espectro antibacteriano, esta enfermedad significaba inevitablemente la muerte, con restablecimientos espontáneos en menos de un tres por ciento de las víctimas. Hoy, gracias a la penicilina, la terracina y otros nuevos adelantos, las posibilidades de sobrevivir se han elevado hasta un 85 por 100.

Se requieren prolongados e intensivos bombardeos con las drogas para derrotar al germen que produce la dolencia, lo cual hace el tratamiento difícil. Y tal dificultad, unida al hecho de que la dolencia ataca invariablemente a personas que han sufrido antes desórdenes cardíacos, ha dado lugar a que los médicos se enfrenten al problema de una manera nueva. Su meta es la prevención y la protección, más que la cura misma.

Los especialistas en corazón de la Pratt Diagnostic Clinic en Boston, recientemente informaron sobre el uso de la terracina a largo plazo para prevenir la ocurrencia de la enfermedad. El doctor Ralph E. Cole dijo que el antibiótico promete controlar otra de las más difíciles enfermedades del corazón.

La terramicina se administró continuamente durante un período de tres años a 143 pacientes que iban desde tres hasta cincuenta y dos años de edad, todos los cuales sufrían de fiebre reumática.

Puesta en marcha frecuentemente por una extracción dental, la endocarditis bacterial subaguda ataca las válvulas del corazón, exclu-

sas que regulan el flujo de la sangre desde el órgano y hacia él. Si no se la domina, la enfermedad puede causar daños permanentes en el corazón, hacer que este falle y producir la muerte.

A pesar de que durante innumerables años la enfermedad ha venido diezmando a sus víctimas, sólo se identificó la endocarditis bacterial subaguda como fatal en el curso del siglo pasado. Uno de los primeros en reconocer sus efectos mortales fué Sir William Osler, padre de la medicina moderna.

Desde los tiempos de Osler, el creciente interés respecto a la enfermedad ha arrojado nueva luz sobre los problemas peculiares que presenta. Una de sus más alarmantes características es su habilidad para enmascararse tras de su dolencia leve, o aun grave.

En sus primeras etapas, la endocarditis bacterial subaguda, se echa a un lado considerando que se trata de un catarro o es simplemente la consecuencia de estar agotado. Incluso en sus últimas etapas, la dolencia puede confundirse con una multitud de males que van desde la tuberculosis hasta la meningitis. (ICE.)